



1\_ Evangelos Kaimakis, Minotaur Project (Fearful biotech fantasies), DP, RCA, Londres, 2002 para Neutra08

## CHILL OUT Y CAJAS ESTÉTICAS (PERO VACÍAS)

Vidal Romero

**A**sumamos que resulta muy complicado cambiar un estereotipo. Asumamos la dificultad de acercarnos al gran público, dentro de cualquier campo artístico, propuestas experimentales. He ahí un punto de tangencia entre la arquitectura y la música electrónica: la necesidad de moverse en coordenadas específicas, cotos cerrados de comprensión que raramente trascienden el circuito especializado. Todavía se entiende que la arquitectura es algo demasiado *sucio* para alcanzar la categoría que sí poseen la escultura o la pintura, que la creatividad del arquitecto está restringida por la normativa y la funcionalidad, que responde a lógicas de mercado antes que a criterios estéticos. Del mismo modo, se sigue negando a la música electrónica el valor artístico del que gozan otros géneros como el jazz o la música contemporánea, cuando en realidad recorren muchas veces caminos parejos o manejan conceptos similares. De nuevo existe aquí un prejuicio, la negativa a reconocer como válida una música creada desde procesos sintéticos. Como si un sintetizador tocara por su cuenta o un ordenador se autoprogramara. La realidad es, claro, mucho más compleja: al no depender de virtuosismos, la electrónica permite realizar composiciones en las que el único límite es la capacidad del creador y no la del ejecutante; al no depender de las limitadas escalas y sonoridades de los instrumentos tradicionales, pone a disposición del artista una paleta de sonidos prácticamente infinitos. Pero, por muy extraño que resulte que una sociedad fascinada por el hiperrealismo de "Matrix", embebida de imaginaria digital, rehuya el contacto con su equivalente sonoro, no hay que olvidar que el de la música electrónica es un universo complejo, lleno de géneros y matices, plagado de terminología propia, que en general carece de la inmediatez de las imágenes en movimiento. Como casi todos los lenguajes musicales, la electrónica ha derivado en una multitud de

estilos y subestilos. Las diferencias vienen dadas por asuntos tan peregrinos como la composición de los patrones rítmicos o la utilización de determinados aparatos o software, pero todos estos estilos tienen en común una continua renovación, una búsqueda de caminos que permitan establecer diferencias respecto a la música existente, puentes hacia el futuro. Sin embargo, y como sucede en todas las familias, también aquí hay ovejas negras, productos de fácil asimilación y digestión ligera. Y no hablamos de música estrictamente de baile, que por su propia concepción debe soportar una existencia efímera, sino de música con supuestas coartadas intelectuales. Lo que vulgarmente conocemos como chill-out, por ejemplo, es actualmente una amalgama de ritmos perezosos y colchones ambientales etéreos, perfecto sustituto para el manido concepto de las Nuevas Músicas. El chill-out es música electrónica para tiempos posmodernos, un producto de consumo para individuos que necesitan disponer de coartadas intelectuales, pero que realmente no desean llevar ese interés cultural más allá de una pátina superficial. Es el telón de fondo sonoro perfecto de aquellos que disponen estratégicamente los libros de Michel Houellebecq y José Antonio Marina sobre la mesita del salón, a pesar de que jamás hayan pasado de la solapa de "Las partículas elementales". Y lo es porque adapta conceptos que han estado inalterados desde el sinfonismo de los setenta a un lenguaje pretendidamente actual, disfraz de modernidad que produce apariencia de cambio cuando en realidad todo sigue igual: sabemos que algo no marcha bien cuando Mike Oldfield vende su nuevo trabajo como un "disco chill-out". Buscar una tangencia o, mejor aún, una simetría, a ese esteticismo vacío dentro de la arquitectura es evidente: el minimalismo es un lenguaje de códigos fácilmente reconocibles, que permite al público de a pie decorar tiendas, viviendas y oficinas con un estilo que se reco-

noce como "de buen gusto", escenografía discreta y elegante. Pero esto escapa de las manos de los arquitectos, es un producto de las revistas de decoración y de los suplementos dominicales. Prefiero buscar esa simetría dentro de los márgenes supuestamente cultos de la profesión y, para eso, debemos hablar de cajas. Cajas que inundan las revistas de arquitectura y, en consecuencia, las ciudades. Al igual que sucede con el chill out (género que, no lo olvidemos, tiene unos orígenes experimentales), una caja no es necesariamente un mal producto. El movimiento moderno está organizado alrededor de este concepto y arquitectos como Alberto Campo Baeza, Kazuyo Sejima o Herzog & De Meuron (responsables indirectos de esta situación) siguen explotando ejercicios ejemplares a su alrededor. El problema aparece cuando todo el esfuerzo proyectual se vuelca en el contenedor: edificios de pieles exquisitas y tecnológicamente perfectas, de esquinas y detalles pensados para su reproducción en revistas, que fracasan estrepitosamente en el diseño del continente, hipotecado por las necesidades de la fachada. O, lo que es lo mismo, hipotecado por las necesidades publicitarias, por la lógica del mercado. No resulta gratuito que esta concepción exquisita del detalle constructivo, esta comprensión de la sección y del elemento seriado como conceptos generadores de un edificio estuviera ya presente en un estilo tan comercial como el high tech, denostado precisamente por la falta de atención a la escala humana. Y es ahí donde encontramos la terrible simetría: el chill out ha sustituido al sinfonismo y a la new age, y la estética de cajas al high tech en las preferencias culturales "oficiales" de este principio de siglo. Milagros de la posmodernidad ■